

Diráz “el Descuidado”

Juan Carlos García Rodríguez

Lic. en Fisioterapia

A Diráz me lo presentaron un día en que la memoria me fallaba, por lo que no sé exactamente cuándo, pero llegó como el invierno que se implanta poco a poco con su frío y sus modos. Si bien no recuerdo su aparición, sí me viene a la mente mucho de su persona y todas sus manías, así fue como lo llegué a llamar Diráz “el Descuidado”; pues tenía tanto de bueno como de descuidado, era olvidadizo y se le confundía a veces su propio nombre con el mío.

Pareciera injustificado llamarle descuidado solo por confundir un nombre, pero iba más allá. Relataré de poco a más cómo de grandes son los descuidos del personaje que les cuento. Diráz tenía una bolsa (quizá más) llena de plumas, pues siempre olvidaba dónde dejaba la última que había usado y procedía a sacar una más y comprar otras dos para tenerlas por si las volvía a perder; junto a las plumas se abarrotaba de libretas en las que anotaba los pendientes que seguro cumpliría si, acto seguido, no perdiera la libreta. Emblemático y misterioso, Diráz tenía más de una colección porque siempre confundía lo que coleccionaba: cuando coleccionaba películas, compraba carritos por accidente; cuando coleccionaba figuras, compraba discos de música. Así terminó siendo una mezcla extraña de gustos y placeres que llenaban espacios en su hogar.

El hogar de Diráz, emblemático y lustroso, ahí de todo había más de uno, pudiera ser que también olvidara que ya tenía eso, desde algo chico como la despensa que siempre dejaba bien surtida, ya que nunca tenía clara la fecha de su última compra, entonces todo se compraba dos veces; hasta lo más grande, como el hecho de que había dos lavadoras, dos puertas de entrada, dos salas, más de dos baños, más de dos cuartos, más de dos teles, incluso estuvo cerca de comprar una segunda casa. Diráz, descuidado y desmedido.

Cabe destacar que su jardín era muy basto y hermoso porque olvidaba si ya tenía una u otra planta, entonces siempre había más de

una del mismo tipo y ninguna se quedaba sola, olvidaba también si ya las había regado por lo que procedía a regarlas con tanta abundancia y generosidad que crecían gratamente, rebozaban de verdor y vida.; así era el jardín de Diráz. Podría decirse que tenía dos jardines, o solo uno dividido en dos, no quiero exagerar. Así era Diráz, descuidado y generoso.

Tuvo dos hijos y les puso casi el mismo nombre, que además era el mismo suyo. Diráz era un hombre sencillo a pesar de todo, carismático, contaba muchas veces las mismas historias pues no sabía con certeza si ya te la había contado o no, eso lo volvía el centro de atención y la vida de las reuniones sociales.

Es debido mencionar que a Diráz no le fallaba la memoria, pues siempre se acordaba de los detalles importantes, sospecho que sí sabía que tenía las cosas, pero no le gustaba que faltara nada. Diráz siempre tenía una pluma a la mano para prestarle a alguien si la necesitaba; en su hogar se aseguraba de que hubiera espacio para recibir visitas y darle comodidad a las personas que quería, hospitalario y generoso Diráz. Se aseguró de darle a su familia todo sin medida y más de una vez. Por eso tenía más de un trabajo. Incluso se casó dos veces con su esposa.

Sin embargo, se ganó el título de “el Descuidado” con honores, pues Diráz fue tan tan descuidado que se le olvidó que estaba enfermo; lo recordó solo un poco al final: que tenía un ligero malestar. Su intestino era igual de descuidado y un poco perezoso como él.

Se le olvidó avisar que tenía dentro de sí, junto a todo el amor, un cáncer terminal, injusto e imperdonable, que le comía. Qué descuidado Diráz, que olvidó despedirse de sus dos hijos, distraído y perdedizo se perdió dentro del quirófano y olvidó salir a abrazar una vez más a su esposa, sería esta la primera vez que por su descuido le faltaría algo a su familia.

Diráz, Diráz descuidado, sus pulmones olvidaron cómo funcionar, ni una o dos máquinas bastaron para recordarles el trabajo que tenían que hacer, ni dos riñones le bastaron para seguir riendo en las comidas. A su pobre y descuidado corazón se le olvidó cómo latir y ni con uno o dos medicamentos lograron recordarle, olvidó tener otro coleccionado por si algún día lo necesitaba para decirle feliz cumpleaños a su hijo otra vez. Diráz y su descuidado cuerpo con una falla orgánica general.

Diráz era mi descuidado padre, tan descuidado que se perderá del resto de mi vida.

Diráz, amoroso Diráz, ahora todas tus pequeñas y misceláneas colecciones hacen vacíos en tu hogar, hoy tu jardín se seca, hoy hay más de un alma rota por tu partida. Es por esto y más que con cariño le llamo Diráz “el Descuidado”, y hoy trato de tener más de una pluma en la mano por si alguien la necesita.

Dedicado a mi padre, Juan Carlos. Me haces falta.